

mismo hijo que Dios, antes de todos los siglos, ha producido en la eternidad.

“Una madre, dice San Agustín, hecha madre por la sola obediencia de su espíritu, de la misma manera que el Padre, en la adorable Trinidad, es Padre, por el solo conocimiento de sus perfecciones infinitas.”

María, dando á un Dios, lo que no tenía antes, y un Dios recibiendo de ella una vida nueva.

El Verbo, por quien todo ha sido hecho, formado por una Virgen.

Ante esta grandeza, que el labio humano apenas puede bosquejar, doblan su frente los ángeles y los hombres.

La mujer incomparable, destinada en los consejos de Dios para que en ella se realizara la Encarnación del Verbo Divino, debía, como lo hemos demostrado ya, tener relaciones altísimas con la primera persona de la Trinidad Augusta.

Bajo este punto de vista, pudiera llamársele esposa del Padre, porque tiene con él un hijo común y porque la virginal concepción que la ha

hecho engendrar á este hijo sin padre, en el tiempo, es una participación virtual de la generación paterna de este mismo hijo sin madre, en la eternidad, concurriendo con él á producirlo en el mundo.

Esa mujer, singular y casi divina, ha debido mantener y mantiene relaciones dulcísimas y casi incomprensibles, con la persona segunda de la Trinidad Beatísima.

Ella tenía que ser y fué Madre de Dios.

En la Divinidad hay una esencia y tres personas: así en Cristo hay tres esencias y una persona.

Las tres esencias son la divinidad, el alma y la carne, esto es lo eterno, lo antiguo y lo nuevo, porque la divinidad es eterna, el alma es nueva, una vez que fué creada en el momento mismo en que el Verbo tomó la carne en el seno de una mujer, y la carne es antigua porque venía desde Adán.

Así es que Cristo, por razón de la naturaleza divina, fué engendrado, creado por razón del alma y hecho por razón de la carne.

Al verificarse la concepción de Cristo, en el seno de una virgen, en un solo instante quedaron

unidas aquellas tres esencias en una persona, en la persona divina del Verbo.

La virgen, entonces, concibió á una persona que era divina, porque el concebir y el nacer se atribuye á la persona y no á los elementos separados que constituyen á esa persona.

Por eso aunque las madres no conciben el alma del hijo que llevan en su seno, se llaman madres del compuesto, que se forma del alma, creada por Dios, y del cuerpo, hecho en sus entrañas.

Por eso se dice, también, que conciben un hijo y que de ellas nace un hijo, es decir, una persona, por más que ésta esté formada de algún elemento, como es el alma, que no ha sido obra de la generación humana.

Es, entonces, evidente que la Virgen, madre de una persona en quien estaba la Divinidad, por más que la Divinidad no fuese, como no podía ser, obra suya, puede y debe llamarse en toda la plena significación de la palabra, Madre de Dios.

“Sólo podría negarse, dice Santo Tomás, que la Virgen fuera Madre de Dios si la humanidad de Cristo hubiera estado sujeta á la concepción y al nacimiento antes que aquella humanidad fuese el

Hijo de Dios ó que la humanidad no se hubiese unido á la divinidad en unidad de persona.”

Lo primero no puede afirmarse porque, entonces, en Cristo habría dos personas, la persona divina y la persona humana, lo que es absurdo como antes se ha demostrado.

Tampoco puede afirmarse que la unión de la naturaleza humana con la divina se hubiera realizado en naturaleza, porque aquellos dos elementos son igualmente, cada uno en su esfera, enteramente perfectos y no podrían formar de su unión, una tercera naturaleza, distinta de las que la componían.

Sí, pues, la unión se realizó en la persona, la Virgen, Madre de la persona que se llama Cristo, tiene que ser Madre de Dios.

Una tercera relación une á la Virgen profetizada en el Paraíso con la Trinidad augusta; su relación misteriosa con el Espíritu Santo.

Se le llama, bajo esta relación, Esposa del Santo Espíritu, aunque no en el rigor ó en la plena significación de la palabra esposa.

Es verdad que concibió en su seno al Hijo de Dios, por la operación de ese Espíritu Divino; pero esta misteriosa operación se rehusa á la ana-

logía que se saca de la unión del esposo con la esposa, porque no fué generadora, sino formadora.

Por la operación del Espíritu Santo, y no por una porción de El, dice un Doctor católico, se formó el Hombre Dios en el seno de María: este divino espíritu no lo ha engendrado, sino que lo ha creado; lo ha concebido con su poder y no de su sustancia, por su virtud y no por su generación.

La concepción del cuerpo de Cristo, dice Santo Tomás, fué obra de toda la Trinidad. Se atribuye, sin embargo, al Espíritu Santo por tres razones: La primera es porque así convenía al motivo de la Encarnación, considerada por parte de Dios. El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo, y es testimonio del infinito amor de Dios, la Encarnación del Hijo en el seno de una Virgen. La segunda es porque así convenía al motivo de la Encarnación por parte de la naturaleza caída. La humana naturaleza fué tomada por el Hijo de Dios, en unidad de persona, no por los méritos de la humanidad, sino por la gracia, que se atribuye al Espíritu Santo. La tercera es porque así convenía al término de la Encarnación. La Encarnación se hizo para que el hom-

bre, que se concibiera en el seno de la Virgen, fuese santo é Hijo de Dios, y la santificación, así como la filiación de los hijos de Dios, se atribuye al Espíritu Santo. Así lo proclamó el ángel cuando dijo á la Virgen: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti; y por tanto el Santo, que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.*

En esta obra de la Encarnación, el Espíritu Santo tenía dos relaciones con Cristo: una de consubstancialidad, porque es Dios como lo es el Verbo, y otra relación de causa eficiente, porque el Espíritu Santo formó el cuerpo de Cristo en el seno de María.

“En este sentido convenientemente se dice, agrega Santo Tomás, que Cristo fué concebido por el Espíritu Santo.”

De manera que, Cristo fué concebido de María que ministró la materia para la formación de un cuerpo humano, y por eso se dice hijo de María. Fué concebido, también, por el Espíritu Santo, como por un principio activo, pero no de su sustancia, y por eso no puede llamarse hijo del Espíritu Santo.

La Virgen, bajo esta relación, debe más bien considerarse como el santuario del Santo Espíritu.

El Espíritu Santo ha venido al alma de María y la ha llenado de su inmensidad inefable: esta plenitud, desbordando de su alma hasta su cuerpo, ha hecho germinar al Verbo y lo ha mostrado al mundo no en palabra, como los profetas, sino en humanidad y en persona.

La palabra evangélica es demasiado expresiva: el Espíritu Santo ha venido á muchas almas y las ha llenado con sus dones y las ha iluminado con su inspiracion; pero tratándose de la Virgen, nota el Evangelio que no vino á ella el Espíritu Santo, sino que *sobrevino* á ella, *superveniet te*; es decir, que entre todas las almas y sobre todas, escogió á la Virgen para que sobrepasase á todas por la universalidad de los dones.

El Espíritu Santo vino á María en abundancia, en afluencia, en plenitud y en efusión sobre su alma y sobre su carne.

El realizó tres privilegios en el seno de la Virgen: que la concepción de Cristo fuera sin mancha; que fuese la concepción no de un puro hombre, sino de un Dios-hombre, y que fuese la concepción de una Virgen.

El Espíritu Santo preservó á la Virgen para que concibiera sin culpa original, le dió fuerza

para que recibiese al Verbo de Dios, y al mismo tiempo le concedió virtud engendradora para que, permaneciendo Virgen, pudiese concebir no activa, sino pasivamente.

Cristo, engendrado de la sola sustancia de María en el tiempo, como de la sola sustancia del Padre en la eternidad, es el fruto de estas dos virginales generaciones por la operación unitiva del Espíritu Santo, de quien es la Virgen llamada con toda justicia el santuario sin mancha.

La mujer predestinada para mantener estas relaciones tan augustas, tan incomparables, tan incomprensibles, con las tres personas de la Trinidad, tenía que ser una mujer única, singular, dotada de dones y gracias que la hicieran á propósito para misión tan sublime.

Este Paraíso, en que debía realizarse la unión de la naturaleza divina con la humana, debió ser formado por el Altísimo con todo el esmero, con toda la sabiduría, con toda la grandeza propias del Dios que debía habitarlo.

Esa mujer debió quedar exenta de la culpa de origen, debió quedar enriquecida con los dones más preciados que guarda en su seno la Omnipotencia divina.

MARÍA CONCEBIDA SIN MANCHA.

Hay una ley que pesa sobre nuestra naturaleza caída, ley de muerte en virtud de la cual todo renuevo de la raza humana nace privado de la savia sobrenatural que originariamente animaba á nuestro primer padre.

Nadie escapa de esta ley.

Sólo Dios, al tomar nuestra carne, apartó de su concepción la culpa, porque apartó el poder activo á virtud del cual es engendrada toda carne.

El que nace, á virtud de la fuerza engendradora del hombre, recibe la muerte, al mismo tiempo que la vida.

La Virgen, predestinada para ser Madre de Dios, no vino á la vida por camino diverso.

“Envuelta, como toda creatura humana, dice el P. Monsabré, en la corriente de la generación humana, debía ser fatalmente arrastrada por la corriente del pecado.”

“Cuando leo su genealogía, agrega el P. Monsabré, creo escuchar como un ruido siniestro, semejante al de un río fangoso cuyas olas se precipi-

tan, después de haber mezclado, á la onda pura que recibe de las blancas nieblas, el limo de los campos por ellas devastados.”

¿Cómo pudo evitar la Virgen ser arrastrada por esa corriente? ¿Cómo pudo escapar á la invasión de la culpa que todo lo arrasa?

“Ya escucho, responde el P. Monsabré, que viene del cielo el río de la redención, llamado por la esperanza y penetrado de una virtud reparadora que debe á los méritos futuros del Verbo encarnado, y que va hasta la cuna del género humano al encuentro del pecado.”

Un privilegio especial liberta á la Virgen de ser herida por la culpa de origen.

Dios omnipotente, dueño de todos los bienes, así lo quiso.

Desde el momento que se asoció á una mujer para la reparación del humano linaje, desde el instante que decidió crear una madre para su Hijo, el Verbo divino, ha debido necesariamente crearla más limpia que el sol y tan pura como el aliento que sale de sus labios divinos.

El mismo se encargó de anunciarlo así, por figuras y profecías, á todas las generaciones humanas.

La zarza ardiente que vió Moisés, conservando en médio de las llamas la humedad de su savia, la frescura de sus hojas y el perfume de sus flores; la vara de Arón, floreciendo en las soledades del tabernáculo; la arca de la alianza, en la que se conservaban, con las tablas de la ley, los recuerdos de Jehová; la valerosa Débora, la valiente Judit, que combate por el pueblo de Dios, la bellísima y tímida Esther, que aplaca la cólera de un rey celoso de su gloria y que abre á los hijos de Jacob el camino de la patria, delineaban, en hermosísimos rasgos, á la Virgen poderosa, á la Virgen sin mancha, que había de traer en su seno, para la redención de la humanidad, á un Dios, hecho hombre.

Y no sólo las figuras: la profecía anunciaba, con toda la seguridad que tiene la palabra inspirada, el hermoso privilegio de la Virgen Madre.

Entre las nieblas de la primera culpa, cuando los padres del género humano habían infringido el mandato divino, cuando caía sobre ellos la maldición de un Dios ofendido, escuchan, de los labios mismos del Creador de los mundos, una palabra consoladora y bendita que les hacía entrever á la Virgen sin nombre que había de oír, con su virginea planta, la cabeza de la serpiente.

David columbra su belleza y con su lengua profética, más rápida que la de aquel que escribe con rapidez, saluda á la majestad de la reina que ve sentada al lado del rey, que ha de triunfar del pecado.

Salomón dirige sus cantos á la más bella de las mujeres, á la aurora de la redención, al astro radiante que recibe las caricias del sol eterno, á la paloma que vuelve á la Arca, sin que se manche su inmaculada pluma.

Más cercanos á la plenitud de los tiempos, después de haber contemplado la fuente misma de las grandezas de la Virgen, que es su divina maternidad, los profetas anuncian al mundo la gran señal de las misericordias, la nueva y única maravilla de la omnipotencia de Jehová, la Virgen que concebirá y dará á la luz al que es llamado Dios con nosotros, la mujer, por excelencia, que sola, y sin más amparo que la virtud del Altísimo, era madre del Salvador esperado.

“Desde entonces, dice el P. Monsabré, se oyen circular entre los pueblos rumores misteriosos, el nombre de una mujer se mezcla á la tradición de un Redentor por todas partes esparcida, la virgen que debe dar á luz recibe los homenajes de

los viejos Druidas, y la voz armoniosa del cantor del Tiber invita al niño divino, en quien el mundo espera, á reconocer á su madre con una sonrisa.”

Incipe, parve puer, risu cognocere matrem.

La palabra divina, en las figuras y en la profecía, se ha hecho escuchar: la Virgen, que había de ser la madre de un Dios, tenía que ser concebida en el orden que se concibe en la naturaleza, pero tenía que ser concebida sin la mancha de origen.

La razón humana persuade también de que esa concepción tenía que ser sin mancha original.

Dios y la Virgen asociada á la obra de la redención humana tenían que ser el padre y la madre de un mismo hijo, de un mismo Dios.

No puede comprenderse esa misteriosa é inefable comunidad de autoridad y de amor, entre la esencia eternamente pura y un ser sumergido, aunque no fuera más que un instante, en las corrientes del pecado.

Por otra parte, la humanidad del Salvador no podía nacer de la unión vulgar de la carne con la carne: esa humanidad fué concebida á virtud de una casta y divina operación.

El Espíritu Santo debía descender, para realizarla, sobre la Virgen, Madre del Verbo.

“Esta unión del Espíritu Divino y María no podía, dice el P. Monsabré, ser turbada por un recuerdo amargo; no concibe la razón que en el momento mismo en que el Espíritu de luz tomara, en la sangre de la Virgen, la sangre de la redención, el espíritu de las tinieblas pudiese decirle: Un día fué mi esclava esa Virgen con la que ahora te unes.”

A las figuras y á las profecías, que tenían por otra parte su razón de ser, como acaba de indicarse, en las inspiraciones de la razón, debe agregarse la tradición no interrumpida desde el momento en que las profecías enmudecieron.

Al lucir sobre el mundo el sol explente del cristianismo, la humanidad, ante sus castísimos esplendores, rindió culto al Dios que había espirado sobre una cruz y presentó sus adoraciones y sus ternuras á la Virgen sin mancha que con él padecía sobre la montaña del Calvario.

Desde entonces las generaciones todas cristianas han reconocido en María el privilegio singular de su Concepción sin pecado.

“Como de la tierra inmaculada había sido forma-

do el hombre primero, decía el Apóstol San Andrés, pocos momentos antes de sufrir el martirio, así era preciso que Cristo naciese de una Virgen Inmaculada."

Santiago el Mayor, en su liturgia, llamaba á la Madre de Dios, la Virgen, María Santísima é Inmaculada siempre.

San Marcos, San Ignacio de Antioquía y San Dionisio el Areopagita llamaban á la Virgen Santísima, elevada sobre todos los espíritus angélicos.

Tal es el resumen de la tradición en el primero de los siglos cristianos.

"Fué engendrado el hombre de una Virgen, decía San Ireneo, y de esta manera, por la obediencia de María, quedó desatado el nudo de la desobediencia de Eva."

En estas palabras de San Ireneo y en otras de San Justino, ambos representantes de la tradición eclesiástica en el segundo siglo, se nota desde luego la antítesis entre la muerte que produjo la desobediencia de Eva y la vida que nos fué alcanzada por la obediencia de María.

Para que esta antítesis subsista, preciso es que María no se haya contaminado con la desobediencia de Eva.

"La Arca era el mismo Salvador, decía San Hipólito, en el siglo III, fabricada de maderas exentas de corrupción, es decir, de la Virgen y del Espíritu Santo."

El mismo privilegio, el privilegio de la Concepción sin mancha, era proclamado por Orígenes y San Gregorio en el siglo III.

"La Madre de Dios, decía San Ambrosio en el siglo IV, es una vara derecha en la que no se encuentra ni el nudo de la culpa primera, ni la corteza de la culpa actual."

"La Bienaventurada Virgen es la nube del día, decía San Jerónimo, porque nunca estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz."

San Efrén y San Crisóstomo, enseñan, en el mismo siglo, que la Virgen estuvo muy ajena de toda mancha de pecado.

"Estas palabras: *Dios te salve, llena de gracia*, muestran, decía San Agustín, que María *íntegramente* fué excluida de la ira de la primera sentencia y restituida á la plena gracia de bendición."

San Pedro Crisólogo, y San Proclo, que florecían, como San Agustín, en el siglo V, reconocían el privilegio de la Concepción sin mancha de María.

Pascual, poeta del mismo siglo, así cantaba, hablando de la Virgen:

*Et velut, e spinis, mollis rosa surgit acutis,
Nihil, quod lædat, habens.*

San Fulgencio y San Anastasio, en el siglo VI; San Ildefonso, San Sofronio y San Andrés de Jerusalén, en el VII; San Juan Damasceno, en el VIII; el venerable Paulo, en el IX; León VI, Emperador de Oriente, en el X; San Gualberto, San Pedro Damiano y San Anselmo, en el XI, y San Bernardo en el XII, han sostenido invariablemente, como representantes de la tradición eclesiástica en esos siglos, el privilegio de la concepción sin mancha de la Virgen María.

Santo Tomás, el gran genio de la Iglesia católica, sostiene, según enseñan algunos intérpretes, la contraria tesis.

Tres clases de testimonios pueden invocarse sobre esta materia, tomados de las obras del Doctor Angélico.

El primero, es el de aquellos textos que parecen opuestos á la tesis tradicional; el segundo, el de aquellos que de algún modo debilitan ó contradicen aquellos textos, y el tercero, el de aquellos que favorecen y sostienen la tesis cristiana.

Los primeros y los segundos, que se encuentran en la tercera parte, cuestión 27, art. 2 de la Suma; en la primera parte de la segunda, cuestión, 81, art. 3; en el libro 2 de las Sentencias, distinción 31, cuestión 1, art. 2; en en el libro tercero de la misma obra, distinción 3, cuestión 1, art. 1; en el libro cuarto de la propia obra, distinción 143, cuestión 1, art. 4; en el libro sexto, cuestión 5, art. 7 y en el opúsculo 2, cap. 224, no hacen más que afirmar la ley universal de que todos los hombres están sujetos á la culpa original y que nacen hijos de ira, de donde infiere Santo Tomás rectamente la necesidad de la redención para todos los hombres absolutamente: según esa ley, y según esa necesidad, Santo Tomás afirma que la bienaventurada Virgen debió contraer esa mancha; pero nunca afirma que ciertamente la contrajera.

Y esto claramente se deduce de los mismos textos antes invocados en que habla de una doble redención, de la liberativa después de la culpa y de la preservativa antes de la culpa.

Según la mente de Santo Tomás, bien expresada en la primera parte de la segunda, cuestión 106, art. 2, para que alguno se diga verdaderamente redimido y participante del fruto de la

redención, basta que nazca deudor, ó con la deuda de contraer el pecado del primer padre; pero de ninguna manera que lo contraiga de hecho.

Por el solo hecho de que nazca con la deuda, puede librarse por la gracia preveniente de Cristo.

La redención, según una frase de San Bernardo, desata y preserva.

La redención desató á los hombres, preservó á María.

Hay textos en las obras de Santo Tomás que consignan expresamente la tesis tradicional. "De mil varones, dice en el comentario de la Epístola á los Gálatas, encontré uno solo, el Cristo, exento de todo pecado. De entre las mujeres no encontré á ninguna exenta de pecado original ó venial, exceptuando á la Virgen María, purísima y digna de toda alabanza."

En el Opúsculo sobre la salutación angélica, se hayan estas palabras: "La misma Santa María, fué purísima de toda culpa, porque no incurrió en pecado original, ni venial, ni mortal."

De esta brevísima exposición resulta que Santo Tomás en unos textos sólo establece la ley general del pecado y la necesidad de la redención; en otros establece que hay un modo excelente de

redimir, que es la preservación, como enseña San Agustín, y en otros manifiestamente declara que la Virgen fué exenta de toda culpa.

El mundo todo, en los siglos que corrieron del XII al XIX, acentuaba más su creencia en este admirable privilegio.

El Pontífice de la Iglesia Universal, el Inmortal Pío IX, escuchando la voz de la humanidad y colmando los deseos de las generaciones que saludaban á la Reina del cielo, libre de la culpa original, declaró pronunció y definió que la doctrina que afirma que la bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su Concepción, por una gracia singular y un privilegio de Dios omnipotente, y en gracia de los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, había sido preservada y totalmente exenta de la mancha del pecado original, es una doctrina revelada y que debe, en consecuencia, ser firme y constantemente creída por todos los fieles.

El mundo católico se iluminó, y fiestas pomposas acogieron, de un polo al otro del mundo, el dogma de la Inmaculada Concepción.

El Verbo de Dios ha guardado fielmente su paraíso.

María ha sido preservada de la mancha original: no han podido germinar en su alma los abrojos, las espinas, las mal sanas y vergonzosas plantas que deshonran nuestras almas.

BELLEZA DE MARÍA.

La Virgen María fué preservada, desde el instante de su concepción, de la mancha de origen.

El pecado original consiste en la privación de la justicia y de la santidad con que Dios había dotado á la naturaleza humana, y en el retorno de ésta á sus principios esenciales.

Es, pues, evidente, que para que la creatura quede preservada de la culpa de origen, se necesita la infusión, en ella, de una gracia que la res-tablezca en el estado, singularmente privilegiado, en que el primer hombre saliera de la mano de Dios.

Guardar y embellecer, dice el P. Monsabré, son dos actos conexos del Verbo de Dios, al preparar su morada terrestre.

Había preservado á la Virgen en su concepción

de la primera culpa: era preciso también que la embelleciera con dones singulares.

Todas las bellezas de María están, en germen, en una primera gracia de inocencia y de santidad.

Esa primera gracia es de una excelencia incomparable.

“Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser á su principio, más participa de la eficacia de ese principio.”

“Por eso, agrega Santo Tomás, que los ángeles están mejor dotados que los hombres, porque están más cerca de Dios.”

La Virgen María está más cerca de Dios, que los ángeles: era la Virgen predestinada para revestir con su carne al Verbo de Dios y para llamarle su hijo.

La Virgen estaba cerca del Padre, porque virtualmente participaba de la generación paterna del Verbo de Dios; estaba ligada con el Hijo, porque era la madre del Verbo, y era el Santuario del Espíritu Santo, porque él realizó en su seno la formación del cuerpo que había de tomar la divinidad.

La Virgen no solamente mantiene con la Trinidad divina esas augustas relaciones que tanto la